

Villa Laura (1986)

En memoria de mi madre.

-¿Le pegaste?

-Sí, papá. Odio cuando me dicen "gordita".

-¿Y no lo eres?

-Cállate

-Constanza, no molestes a tu hermana.

-Sí, mamá.

-Oh, como cuando eran niñas.

-Constanza ya está vieja, ya no puede tener hijos.

-¿Ya no soy una figura de autoridad?, Regine.

-Perdón.

-Ay, hijita...

-Papá, esta chica siempre habla sin pensar. Menos mal mi sobrina no es así.

-Mis nietas son hermosas. Ven, Laura, ¿qué falta?

-La sal. Olvidé la sal.

-¿Y la ayudante?

-Empleada, papá.

-Prefiero decirle "ayudante", hija. Es lo que es.

-Siempre elitista la Constanza.

-¡La señora Mercedes es también compañera! Me dice maravillas de nuestro candidato.

-Ya empiezas, mamá...

-¡La Constanza votaría por Leguía si pudiera!...

-Votaré por el PPC...

-¿Por el solcito?

-Mi Boni... siempre ocurrente mi esposa.

-No, porque se opusieron a Velasco.

-Volví. Aquí está la torta. Dejen la política. Eso envejece. Miren a la Constanza.

-¿Y a mí?

-A ti no, mamá. Tú estás bien.

-¿Este es el sabor que mostrarás mañana?

-Uno de los 3 sabores.

-Yo quiero. Morado. Encantador, hija.

-Laura, primero termina la milanesa. Debes comer, amor.

-¿Ya para qué? Igual me voy a morir.

-No digas eso, mamá, por favor.

-¿Les da miedo la muerte?

-Sabes que no, amor. Estamos preparados.

-Mamá, mañana verás a mis hijas. Son mejores que las de Constanza. Eso te va a animar.

-Esta niña... Mamá, mañana yo me ocuparé de atender a todos. No te esfuerces, ¿sí?

-Gracias, Constanza.

-Amor, aún te quedan muchos años. Vamos a viajar.

-No creo, Nasar. Pero a ver si se puede.

-¡Mamá!

-Chicha morada

-Sí, mamá.

-Bueno, me sirvo. Ya no quiero el pollo. Iré a mi cuarto. Puedes llevar a las niñas.

-¿Las mías?

-Las mías llegan a las 4 de la tarde. Dante las llevó de compras.

-Las mías quizás vengan hoy. Quizás mañana. Mi esposo las llevó a probar dulces al Centro.

-¿Comida de la calle?, hermanita.

-No tiene nada de malo. Lo local es súper. Me inspira a crear.

-Niñas, vayan a ver su madre. Yo iré a revisar unas cosas cerca a los lagos. Uno está seco. Regine, no olvides los picarones de menta.

-Papá

-¿Ya pudiste recordar?

-¿No vienes? Regine está con mamá

-Tienes sus ojos

-Papá, ella va a estar bien.

-No...

-Papá, que este mes sea el más bonito. Villa Laura fue una gran idea.

-A tu madre hay que agradecerle en vida.

-Sí, papá, ¿no quieres hablar con ella?

-A veces duele.

-Sí

-Quisiera que estuviéramos para siempre.

-Papá, no llores. Yo estaré contigo.

-Discúlpame, Constanza. Perdóname, por favor.

-¿Por qué? Papá, tranquilo

-No quiero volver a estar solo. Me aterra la soledad, hija. Sé que fui duro contigo.

-¿Conmigo? No, papá. Siempre fuiste amoroso.

-Tus hermanos...

-¿Hermanos? Papá, vamos a casa.

-Este lago está sediento, pero no es culpa del Sol. Nunca es su culpa. Este lago es la tumba de un amigo. En vigilia dendera. Este lago...

-Tranquilo, papá.

-Perdí a Luis hace 40 años. Le fallé. No pude ser un buen amigo.

-Convertiste sus cartas en arte, papá.

-Robé su historia. Le robé sus títulos. Le robé su vida.

-No le robaste nada, papá. Lo que hiciste te valió el Nobel.

-No, solo usé sus textos para que mi nombre retumbara un poco. Lo combiné con drogas. Destilé sus traumas y los traumas de su madre, y los convertí en mi vida.

-Nunca lo suplantaste. Papá, el personaje mantiene su nombre.

-¿Luis Borja? Un esclavo de mis palabras. Un títere que...

-Papá, ¿mamá sabe lo de este lago?

-No es el mismo lago. Pero se le parece.

-Papá, te espero en casa. Podemos conversar. Podemos escribir algo juntos.

-

-Papá, no huyas, ¿está bien? Tienes a tus hijas, aún a tu esposa. Y a tus nietitas.

-No he delirado en casi 3 años, linda.

-¿Y mis hermanos?

-Disculpa.

-¿Cuántas somos?

-2

-¿Y nos llamamos?

-Constanza y Laura Regine

-¿Tu edad?

-¿38?

-Papá...

-No estoy loco, Constanza. Ve a casa. Ve a casa, hijita. Es hora de escribir.

Las recetas de Regine

Regine se acerca a Nasar (su papito) con libros firmados. Le trae uno de Dumas y le dice que está firmado, pero por su hijo. Nasar se sorprende, le aclara que eso no cuenta. Que no son la misma persona, no son sus logros. Regine dice que es como ellos dos, que ella tiene su ADN, que ellos son igualitos. Nasar no discute. Luego ella le da un libro de Proust. Y Nasar cuestiona si ese viene firmado por el nieto. Regine le aclara que por la nieta. Nasar finge estar molesto, pero luego sonríe.

Con los años su padre ganó manías. No le gusta que lo tuteen, no da la mano y roba las cucharas de los restaurantes a los que va. O al menos lo hacía hasta que el periodista y escritor peruano Elías Monterroso lo expuso en una nota que primero llegó a España y luego a escándalo francés.

Regine lo ve en ese restaurante francés alguna vez liderado por una mujer campesina. Describe su cara. Ya no tiene la mirada fría, de loco, de ladrón y asesino. Tiene la mirada hundida por la edad. Y los ojos más chicos por el peso del tiempo. Aún da miedo mirarlo, porque parece molesto. Pero ahora sus mejillas están más hinchadas como el resto de su cara. Parece siempre estar sonriendo. Ahora siempre se ve molesto, pero de manera irónica.

-/Canárd du pupel/

-Papito, déjame pedir a mí.

Y él acepta el comando, porque viene siempre con una sonrisa de su princesa. El mozo, con acné vencido, mira al escritor que mantiene la mirada por 6 segundos y

luego la cuchara. No el cuchillo ni el tenedor. Y luego lo vuelve a mirar nerviosamente. Y el escritor sigue mirando. Molesto y a la vez alegre. O extraño.

Luego el escritor se entretiene mirando a los otros, quienes voltean a ver, pero solo a su princesa. En las otras mesas la luz acaricia las ropas y peinados de gente refinada. Mujeres con aretes grandes y peinados trabajados. De esmero ajeno y de hombres elocuentes, que siempre están hablando cuando Nasar los mira. Excepto uno, que no voltear a ver. Y Nasar sospecha. Con la edad sentía que el mundo lo miraba y él no quería ser visto. Solo quería observar.

En esa Francia varios conocían sus textos, pero no todos amaban las versiones traducidas (las cuales Nasar consideraba espurias). Pero cada vez más gente creía conocerlo por esas versiones que las suyas (las escritas en español). Entonces la gente quizás lo imaginaba de otra manera, de otra edad, de otra cara.

Y esto pensaba, mientras los murmullos franceses, que él sentía como teleografiados, cruzaban hasta cada barricada. Entre su hija y el mozo. Porque Regine intentaba pedir que se le sirviese de una manera. Quizás una manía incipiente que por suerte abandonó cuando se hizo abuela.

-Papito, ¿te vas a llevar esa cuchara?

-No quiero ser clonado

Y entonces el papá agarraba la gran tela que a veces ponía en sus muslos o que dejaba huérfana sobre la tercera silla inútil o la cuarta. Y explicaba uno de sus cuentos, sin antes mirar si alguien lo miraba, si alguien iba a escuchar su relato, si el hombre callado de la mesa derecha seguía callado.

Porque si no hablaba y no miraba, entonces escuchaba. Si no hablaba y no miraba, estaba escuchando.

Cuando la demencia se hizo evidente, unos meses después, cuando se supo la enfermedad de la abuelita Laura, unos años antes de ganar el Nobel, unos años antes de escuchar las voces y de mezclar el tiempo, unos días antes de olvidar su nombre, aquel minuto, en aquel juego, con mi abulito, el tiempo se detuvo. Y no importó nada más. Porque esa fue mi verdadera despedida.

-“El clon de Dios” o “Casi Dios”

-¿De qué trata?, papito.

Y explicó Nasar sobre ese doble mantel, carmesí y hueso, a escondidas, a volumen bajo.

-¿No escribiste ya algo así?

-No, hija. O quizás sí, pero aún no lo publico.

Clonaban a un hombre, pero no a cualquiera, al más perfecto.

-¿Cómo al más perfecto? ¿Al más bonito?

No, con perfecto se refería al hombre que había dado su vida por la de otros. Aquel modelo que buscaba la Unión Soviética rechazando la eugenética. Porque ellos buscaban al hombre perfecto en un estado natural. Pero el hombre perfecto es el hombre muerto. Como en el cuento, el hombre perfecto solo se había revelado luego de ver en el tren los estados de la vida, de ver a la humanidad como un organismo vivo que debe defenderse. Y entonces eso hizo: hizo la diferencia. Cuando amenazaron a las personas de ese tren. Cuando los explosivos fueron anunciados, aquel hombre luchó con todos ellos y se los llevó fuera donde la luz fue la señal que los hombres vieron. La confirmación de que podían ser mejores. Entonces mucha gente grabó su sacrificio en los relatos orales. Y en los escritos.

Y él fue el molde. Rusos, americanos, italianos y franceses quisieron su versión del hombre perfecto. Y así criaron a su hijo nuevo. Unos con la rigidez militar, otros intentaron darle valores cristianos, otros lo hicieron defensor de la pizza tradicional y los otros quisieron que él justificara lo superior de su historia y de su lengua.

-Papito, ¿y su familia? ¿Tiene familia o así no más es?

Nasar, concentrado en su hija, volteó y vio que el hombre de la derecha ya no estaba. Entonces pudo contar el final.

Explicó que lo otro estaba por terminar, pero que tenía los diálogos, esperando en que sea una película de 5 horas.

También dijo, como era evidente, que cada versión del hombre perfecto fue distinta por la cultura, por su gente, por los susurros y “vitóres”. Pero que el hombre perfecto volvió a ser el hombre muerto. Cada uno volvió a sacrificarse por los indefensos. Cada uno jamás llegó a la vejez.

-Y el texto anuncia que el relato es falso. “Esta historia es falsa”

-¿Por qué?

-Porque nunca debe suceder.

Balto and Alma song

The anonymous trees cry, because they know the end. I am just a girl who follow the music. The beats. Esmeralda, my sister, is singing. And the singing is goodbye. I walk to the house. See the dog, the ancient one. The Grass. The residuals of the cobbled road. And “Leonora”, the tree with name, points out the Sun. I push the door with my tiny strength and follow the music. Abulita. Abulita is there.

Mi voz puede volar,

puede atravesar

Cualquier herida,

cualquier tiempo,

cualquier soledad

Sin que la pueda controlar

toma forma de canción

Así es mi voz

que sale de

mi corazón

Y estos recuerdos ahora los sueño en el idioma de mi abuelo. Y mi hermana canta y mi mamá baila. Y la abuela Laura se une.

Mamá. Lucha. Mamá, debes seguir luchando. Quiero llevarte de viaje. Cuando crezca, te llevaré de viaje.

Y volará

sin yo querer

Por los caminos más lejanos,

por los sueños que soñé

Será el reflejo del amor de

lo que me tocó vivir

Será la música de fondo de

lo mucho que sentí

Y oye mi son

mi viejo son

Tiene la clave de

cualquier generación

En el alma de mi gente,

en el cuero del tambor

En las manos del conguero,

en los pies del bailador

Yo viviré, allí estaré

Yo viviré,

yo viviré

Yo viviré y

allí estaré

Cuando el sueño se esfuma, siento dolor en el pecho, pero recuerdo que viajé con mamá, que le di regalos. Que la lloré todo lo que pude llorarla. Y que busqué en sus recuerdos. Me encontré en ellos, de la forma más dulce, y me sentí amada.

Cuando era niña, el idioma hacía todo misterioso, como les pasa a ustedes ahora mismo. Solo me quedaba entender los sonidos, los gestos. Mum, I used your words. I used your voice.

El Clon de Dios / Casi Dios

[Este texto es falso]

Revisaba el periódico del atentado: 1961, en Vitry Le Francoise. Y la réplica: 1962, en Vitry Le Francoise.

Aquel primer tren tuvo gritos y sangre. Y el segundo tuvo un héroe.

Se preguntaba por el hombre que fue, el que se sacrificó. No tenía sus recuerdos, pero sí su rostro.

Los ojos profundos frente al espejo. Las cejas pobladas que dejaban algunos pelos hacerse individuos. Los tocaba con los dedos, acomodándolos. Era belfo, de labios gruesos. Era de piel morena, tosca, escamosa. Y, en la foto, usaba bigote. El de la foto tenía 55 y una cara ya algo deformada e hinchada por la edad. Tenía una expresión de loco, de asesino, de ladrón. No de héroe.

Él, alguna vez 57, tenía ahora 21. Era 1985. Él era la réplica de aquel héroe, del llamado “hombre perfecto”.

Mañana sería presentado, como los otros 3, para liderar misiones enfocadas en sus países. Él era la versión francesa. Su misión: resaltar su historia y su lengua. Dejar en claro su superioridad cultural. La versión militar (soviética) era científico. Dos años mayor. Se lo consideraba el primer clon perfecto. Si, lo de “dos años mayor” era propaganda. La versión de los americanos salió rebelde. Un teólogo que se supone que

esparciría la palabra del dios cristiano. Se hizo científico como Máximus, el soviético. La versión italiana, la más incomprensible, tenía la misión de resguardar la receta original de la pizza italiana.

El día de la presentación un periodista llevó un cuestionario preparado por el gobierno. Las respuestas fueron respondidas. Tal como en el ensayo.

Dejó París y llegó a Lyon 2 días después, donde se había reservado todas las mesas de un restaurante. Las ventanas eran inmensas. Los guardias se sentaron lejos de él. Y esperó que ella saliera a saludarlo.

Antes de dejarlo solo, le dijeron que Luigi (su “hermano”) quería reunirse con él en París. Y que mañana tocaba ir a un colegio y que pasado mañana a un museo.

Ella apareció. Le dio un abrazo efusivo cuando él apenas se estaba parando. Luego dejó de apretar. Era cómo verlo de nuevo. Pero más joven. Era el rostro de su papá.

Se sentaron uno al frente del otro, luego de que ella insistió en sentarse al lado.

[Hallado y traducido]

-He leído sobre usted, señora.

-Tienes sus ojos. Perdona que te abrace así. Disculpa, ¿ya?

-Trate de no hacerlo.

-No me trates de señora. Te llevo solo 12 años.

Él la conocía solo de los periódicos. Ella era una pastelera famosa que trabajaba con su esposo en su restaurante familiar. También ella era la hija de aquel hombre, a quien perdió a los 12 años.

-Tu hermana no vino. Ese hombre tenía dos hijas.

-Ella dice que tú no eres nuestro padre.

-Y tiene razón.

-Tienes... su carita.

-Tu amor hacia él es lo que lo define. Yo solo soy una versión de él, una ucronía.

Él la miró. Le llamó la atención los ojos de la mujer. Tan perfectos. Y vio que ella era realmente befla, sus labios también mostraban una actitud infantil. Sus gestos eran de niña. Y su mirada.

[Completado]

-Lamento lo de su esposa.

-Sí... Gracias.

La mujer intentó cambiar el tema, o profundizar en él. Otras preguntas se anticiparon en su boca.

-¿Sueñas?

La tomó desprevenida.

-¿Usted sueña?

-No me trates de usted. Dime Regine.

-Regine, yo sueño. Tengo conciencia.

-¿Cómo? ¿Cómo puedes soñar? Si no tienes alma.

-No creo en el alma.

En ese momento, Regine miró los ojos de su joven “papá”, buscando esa chispa que ella creía ver en las personas. Él la tenía.

-No crea en Dios. Creer en Dios es lo que evita que cierre la herida.

-Papito tampoco creía en Dios.

-Hacía bien.

-¿Entonces sueñas como los demás?

-Seño... Regine, sí, no se aferre. Debe enfrentar la verdad: sus padres ya no están. Y no hay nada de malo con eso.

-¿No?

Regine contiene las lágrimas y hace el gesto con la boca que hacía de niña. Hay silencio. Y anuncian que traerán los postres.

-Ellos fueron felices a tu lado.

-Sí.

-Es natural despedirse de los padres.

-Es que me gustaría decirles tantas cosas.

-¿No se las dijo?

-No. A mamá. Solo a mamá. A papá no.

Él meditó sobre la reunión. Miró el cabello oscuro de Regine, su complexión robusta, pero infantil.

-¿Me las quieres decir?

-Sí, por favor. Déjame decírtelas. Te... Él se perdió muchas cosas. Solo quiero decírtelas.

Entonces la conversación se pierde entre dulce brisa, entre postres, entre la Flor de Jamaica y la menta. Entre los primeros años de Regine. Entre una madre ausente que aprendió a dejarse abrazar, entre una hermana que creció en amargura. Entre un

esposo que la maltrataba hasta que ella devolvió el golpe, entre un hombre que creció y evolucionó a su lado, entre las hijas que poco supieron del abuelo.

-Solo tuviste 12 años para enseñarme todo. Me enseñaste poco, papá. Pero fuiste un buen padre. Estuviste en todas mis decisiones. Hoy, como dice tu alma, te dejo ir.

Él se conmovió y a la vez sintió que era imposible que aquel hombre haya sacrificado su vida. Era imposible cambiar la vida con sus hijas por unos extraños. Regine estaba más calmada cuando pronunció estas palabras:

-Sé por qué diste tu vida. Nos inculcaste que debíamos hacer algo por nuestros hermanos. Que llegaría el momento. Por eso eras tan dulce.

Él quiso hablarle de una realidad más feliz. Quiso contarle sus sueños. Ella estaba lista para irse.

-Regine, ¿y si te dijera que hay un mundo en el que te acompañó hasta el final?

-No cambiaría nada. No soy esa Regine. Sé que volveré a verlo. Y si no, está bien.

-

-Dices bien. Ya les dije todo lo que tenía que decirles.

-Sí...

-¿Te gustó? La menta.

-A él también, ¿no?

-Sí. Él nos contaba historias...

-

-Puedes contarme tu sueñito. Pero sé breve.

-Así será.

Villa Laura (1986)

-Regine

-Papá, mamá duerme, dime.

-¿Constanza?

-Habla más despacio

-¿Con-stan-za?

-Papá...

-Hi-ja

-Con menos intensidad. Sigues siendo bromista. Viejito y bromista.

-No me tutees

-No te hagas, papá. Ya hasta dejas que Ferdinand te tutee.

-Ese idiota...

-Es mi esposo, Monsieur

-Tu esposo es un idiota. Menos mal sabe cocinar... pero ese nombre...

-Ay, papá...

-Constanza es bonito nombre. También Ree-YÍN. Y Laura

-NaSAR...

-También. ¿Pero Fer-di-NAND?

-A veces lo dice como FERdinand.

-Igual. Es horrible. Como Ferdinand Sosur

-¿Quién?

-El lingüista que yo critico en mis ensayos

-Papá, mañana vienen tus nietas. No te van a entender...

-Les voy a hablar en castellano y me van a entender

-Papá, mamá...

-Ya voy, amor...

-Papá, está soñando.

-...¿ya dominan el castellano?

-Ya no practican su castellano...

-Por culpa de Ferdinand

-Otra vez solos

-Sí, amor. Disculpa

-¿Por despertarme? Te has vuelto un viejito renegón

-Últimamente duermes mucho, amor.

-¿Recuerdas al gato?

-¿El que se quedó en la puerta?

-Él vino a llevarme. Pero no me dejaste.

-Boni...

-Nasar, debes dejarme ir cuando llegue el momento

-Falta mucho para eso

-Le pregunté a Regine por mi respiración

-¿Qué te dijo nuestra hijita?

-Que respiro raro.

-Ella es así, amor.

-No me mientas. No te mientas.

-Laura, amor...

-No llores. Tenías razón.

-

-Sobre los olores. Sobre la química de nuestro amor.

-Tú me sigues gustando. Mi Boni.

-Ya estoy viejita

-Tienes 66 y yo 80. Estás joven.

-¿Me vas a cambiar cuando me muera?

-No, Laura. No.

-Yo sí

-¿Qué?

-Yo rehacería mi vida

-Reharía, amor.

-Seguiría. Debes seguir viviendo, Nasar. Te quedan libros por escribir.

-No, ya no.

-Sí. Puedes contar mi historia

-Aún no, amor.

Las recetas de Regine

Capítulo 10: Cumpleaños de papá (1969)

“En la mesa dulce réplicas de su amor. Un río de azúcar. Y briznas, rayaduras y astucia. Hay.

Es el chocolate, medero y prusto”

Escribe papá.

Sobre ese día, ese cumpleaños en el que sus dos hijas ya eran madres, hizo silencio.

Yo escribí sobre mamita. Con ayuda de Almita. Mi sobrina. La más chica de todas.

“Es un néctar. Saciante. La luz lo explora pidiendo permiso.

Es el amor de mamá y hoy sabe a chocolate”.

Y preparé ese postre con mamá. Horas antes de la fiesta. La abracé y ya no preguntaba la razón. Como cuando era más pequeña y ella era más fría. La sueño siempre a esa edad. 51.

Antes de la enfermedad.

Ahora soy mayor que ella. Ella jamás tuvo mi edad.

En mi sueño siempre hacemos postres distintos y están mis dos hijas. Algo imposible, porque una recién ha nacido. Y la otra está en insumos. No está ni en el horno. Ay, mamá. Qué bellos ojos me heredaste. Soy tu clon. No hay duda. Solo eres más delgada.

A papá lo sueño de viejito, cuando ya no era tan serio. Y a mi hermana la sueño justo en estos días, cuando empezamos a ser madres. Cuando teníamos más en común. Solo yo vivo. De los 4 solo quedo yo para recordarlos.

Horas antes de hacer los postres vi a mi hermana Constanza. Radiante como siempre. Papá decía que ambas éramos igual de bellas. Nunca dijo que Constanza era la más guapa y elegante. Ni que yo era la más linda y graciosa.

La luz naranja borraba su rostro. Solo se veía su saludo. Mi hermana mayor siempre tuvo ese brillo distante, parecido a mi madre de joven. Un brillo frío, pero imponente. Hoy era un día soleado, hijo de noviembre.

Papito cumple 65 años y nos mira preparar los postres. Algo cuchichean los esposos. En idioma ajeno. Inventado. Papito y mamita siempre me dieron paz.

-Barzi, barzi, Nasar.

-Andelum, mon xil

Mamá aprendió el idioma de papá. Lo hizo por amor. Por diversión. Por aventura.

Y papá aprendió a abrazarla, con la intensidad exacta. Aprendió a admirar sus ojos y su figura.

Esa mañana mamá preguntó por el peso de nuestras hijas, nuevecitas, por nuestros esposos. Por nuestras vidas en esos otros países. Papá solo quiso saber si esos hombres sabían callar y pedir disculpas.

La fiesta empezó en la tarde para evitar conflictos con el presidente. Los limeñitos debíamos estar en casa temprano. Cada uno en la suya. O el militar se ponía molesto y mandaba a sus secuaces. Sujetos que podían ser muy sumisos y no mirar a papá, o los que parecían enfrentar a algo que no era humano. Hubo rumores de que papá podía volar, estar en muchas partes a la vez, torcer las voluntades y cambiar los pensamientos. Rumores ensanchados por su mejor amigo, el escritor y periodista Elías Monterroso.

Rumores que no dejaban tranquila a Constanza, cuyo miedo se vería justificado años después cuando personas extrañas pasaban muy cerca de la casa. A mirar. A mirar mucho.

A mirar el pasto y especialmente los lagos. Decía el rumor que esos dos lagos eran sus ojos.

Mamá vestía recatada, igual que su clon, la hermana mayor. Yo iba con mi atuendo de chef. El más lindo y limpio de todos. Así di la mano de algunos invitados. Los poetas apristas amigos de mamá... y los otros. Uno de ellos: José María Arguedas.

Le pedí su autógrafo. Sabía la noticia. Sufría mucho y ya lo había intentado una vez.

Habló con Constanza y papá. Quería saber si el suicidio podía esperar.

La Constanza, doctorita y muy capaz. Sanadora, presumida y siempre bien vestida.

---Regine camina explorando con la mirada, parpadeando, como tomando instantáneas. Ve a Arguedas bajar la mirada, derrotado, y despedirse de Nasar. Ve a su madre. La ve con hombres con surcos en el rostro que no ve en su esposo francés. Hombres con vivencias más duras, más frías, más de la sierra. Y otros sobrevivientes de años de explotación (o herederos de ella). Así escucha a los poetas apristas, entre ellos Manuel Escorza. Y sus discursos para el pueblo. Y ve a papá conversar con un señor de lentes gruesos [Enrique Congrains]. Hablan de un futuro distante. ¡1000 palabras para el planeta Tierra! Apocalipsis.

Las paredes eran amarillas. Algunos decían que marrón claro. Eran amarillas, más vivaces que luego. Y ahí se paró Regine. Y tantos otros. Llegaba Chabuca Granda. Y papá se sentía honrado, pero amenazado. Ya no era protagonista.

No llegó sola. Los músicos bajaron los instrumentos y cercaron a la estrella. Uno muy joven traía la guitarra [Lucho González]. Nasar se acercó. Y movieron los labios. Hubo sonrisas. Una de ellas frustrada. Otra comprensiva. Habría un espacio digno para los fumadores. Uno alejado. Algunos gestos con los ojos hacían ver que Chabuca no lo aceptaba del todo. Nasar le respondió que los hombres también irían ahí.

-Mi hija, la chef repostera.

-Usted es la de.. la limeña.

-No, yo nací en los andes. En puna brava.

-Perdón. Sus canciones. Me gustan.

-Hoy vengo hablar de un amigo, con el permiso de otro.

-No, por supuesto.

-Quien merece varallo, quien tenía de fusil una rosa.

-El bastón de mando

-¡Monterroso! Me escribes una buena crítica

-Buenas tardes a todos. Buen postre, buena música, regular novela.

-Buenas tardes, señor. ¿De qué escritor hablan?

-Las generaciones de ahora...

-Ella solo preguntó, don Elías. ¿Dónde queda la cordialidad?

-Niña, de Javier Heraud.

-Mi hija se llama Regine, Elías.

-Regine, Javier fue un amigo. Se fue joven. Murió joven.

-Y por eso es mejor escritor que tu padre.

-¿Morir joven te hace buen escritor?

-¡No lo digas así, hija!

-Sí, niña. Mira a tu padre. Hoy cumple 65.

[Lo demás es nebuloso en la mente anciana de Regine. Recuerda hablar con Arguedas y escuchar el recital de Chabuca, pero no lo anterior. Para eso tenemos la columna espuria -sin permiso- que sacó Monterroso un día después y sus declaraciones a lo largo de su vida].

Se dijo que fue una reunión santa. Yo estuve ahí. No me lo contaron. Todos dejaron los disfraces, sus pieles humanas.

Todo era amarillo y lo que nunca lo fue ese día lo era. Algunos sacos, incluso las partes de metal de los lapiceros. Las líneas de los platos en los que pusieron los postres. Eran de sangre, pero por la luz parecían naranja. Amarillo. Sangre amarilla. Sangre naranja.

El rostro falso y humano de todos era amarillo. Y así se mostraron. Y luego se vio la carne viva, el color verdadero. Con carne azul, Nasar hace 10 años me mostró su rostro y confirmó mis sospechas.

Era un marisco, un cangrejo de ojos profundos y hundidos, y de seis tentáculos que casi eran brazos. Los demás brillaban y no tenían rostro. Cuando empezó el recital, gritaron en nombre de uno de ellos, quien se decía tenía el cuerpo menos intenso de todos. Su luz era tenue. Resignados, lo sentaron para escuchar el recital. Todos cerraron los ojos. Para sentir con el cuerpo.

[Bueno, ahora, volvamos a Regine y el momento del recital]

---Regine buscó un lugar para ella. Ya anochecía. La luz se hacía más amarilla. La apagaron. Un brillo blanco enmarcó a Chabuca. Y a sus músicos negros. Buscó un lugar con su hermana, pero no pudo. Buscó un lugar con su padre y su madre, y no pudo. Solo encontró una silla, en una mesa donde un postre seguía intacto. El escritor marchito, el gran Arguedas, fue su compañero. Ella volteó la silla, Arguedas solo quedó de lado. Mirando a la izquierda con ese rostro rendido y triunfante.

-¿Y usted escribe?

-No, la Constanza... Mi hermana escribe.

-¿Y escribe como tu padre?

-Ya no mucho. Ya es doctora.

-¿Y por qué eso es impedimento?

-¡No sé! Pero escribía de niña. Con papá.

-¿Y tú no?

-Yo leía

-Algo que tu padre no hace... según varias entrevistas

-Lee a medias

-Sí, y hace diálogos eternos... por lo largos...

-¿Y eso está mal?

-No... solo es diferente. La fantasía es lo suyo.

-La ciencia ficción

-La fantasía que juega ser ciencia

-¿Y qué leyó sobre mí?

-Pongoq mosqo...

-“El sueño del pongo”

-Sí, ese. Es muy divertido. Está bueno.

-¿Solo ese?

-Déjeme pensar. ¿No comerá mi postre?

-“El sueño del pongo” es muy crudo.

-Sí, habla del maltrato. Pero el final está gracioso.

-Sé que no está bien. ¿Hoy se siente bien?

-Ya va a cantar. Sí.

-Se están alistando. Señor, también leí “La agonía de Rasu Ñiti”

-¿Y también te pareció gracioso?

-No. Me pareció emotivo. Aunque sí lo sentí como algo mágico.

-El corazón está listo. El mundo avisa. Wamani está hablando. Tú no puedes oír.

-Sí puedo, señor. O quiero poder.

Regine mueve la silla. Ya no está mirando a Chabuca alistar sus palabras. Ahora está más alineada con el escritor mestizo.

-Dejé el postre para ver a la chirinka posarse. Ella es la confirmación de mi muerte.

-¿Le da miedo?

-No, porque cuando llegue el momento, escucharé todo. Acá en este mundo caminé a tientas. Allá está la luz y la paz.

Chabuca Granda:

(Habla mirando al cielo, al lado derecho, como recordando) me preguntó tu hija si soy limeña. Y no lo soy. Y supe que no lo era a los 11 años. Cuando visité Lima y descubrí que los niños éramos de colores. Yo nací en los andes, a cuatro mil ochocientos metros de altura. Y a mí siempre me vistieron como a una niña serrana. Quizás a mi hermano mayor lo vestían de niño europeo y por eso... le dio frío.

Yo cabalgué los cerros de la quebrada, al lomo de la escoba. Nadie me pudo deformar.

Yo... ¿cómo será la palabra? Pude... mantener mi mirada campesina.

El único gran dolor de mi vida es la muerte de mi padre. Y hoy ustedes dos. ¿Dónde está la otra? Ahí. Hoy lo tienen vivo. Abrácenlo. Siempre. Sin motivo alguno, porque esos abrazos vuelven, en las horas más tristes.

Y también perdí amigos. Y hoy, con permiso de otro, quiero honrar a nuestro poeta. A nuestro Javier Heraud...

Mientras jugó

la guerra

de los niños

Con un

fusil

hecho de

Cualquier cosa

Quizás de arroz

Quién sabe de

una rosa

¡Inmolada paloma!

Solitaria

Deja mirar

tu río

Cuando vuelve

Aquel que

me promete

Tus flores

de

poeta

Las sombras

Los silencios

Los dolores

¡Lloran!

aún más hondo

Al

Recordarte

haciendo guerra

Con

tus flores

buenas

-Y el ritmo se hace lento y grito-.

Ese día el fusil

Era una rosa

Rastrillada

En el aire

¡Peligrosa!

¡¡Ese día era el sol!!

Más sol al río

Más río el río

Y más

La guerra era...

Y más

La muerte

Desde la ribera

¡Y una granada!

El verso

Detonada

Javierta está

-Y sigue la voz, cigarrosa, y la música. Siguen las vocales, ahora más roncas y amargas, de victoria-.

-Regine mira a Chabuca y luego a Arguedas-

Quedó al rocío ¡qué!

Llovió de un río aquel

Hundido río

¡En su vena rota!

Javierta está

Alerta como entonces

Al hombro

Del ¡poeta!

¡Va ganando

La guerra!

¡¡Con su rosa!!

Villa Laura (1986)

-¿Has leído todos estos libros?, papá.

-La mitad. Y no la mitad de todos. La mitad de cada uno.

-¿En serio? ¿Por qué harías eso?

-Para completar yo los libros.

-¿Pero lo de Cervantes sí lo leíste, no?

-Eso sí tuve que leerlo, pero no completo. Nunca he terminado el Quijote. Y no me hizo falta.

-Ya estás normal. Altanero, pero con coherencia... interna.

-Me pediste que te enseñara a escribir. Como cuando eras niña.

-Sí. A cambio, yo te enseñaré inglés. Para que hables con Almita.

-Sé inglés, hija. ¿Y Esmeralda?

-Ella sabe español

-Muy bien, Constanza.

-Sí, papá.

-No perdamos tiempo. El primer ejercicio es describir la fiesta de mañana.

-Espera. Traigo las hojas.

-No, hija. Ven. Cierra los ojos.

-¿Tú también?

-¿Ya los cerraste?, hija. Ven.

-Sí

-Comedor y sus comeles. Beztes, fisgues y vamtas. Gritos de júbilo, brazos al aire y zumos naranja.

-Gente de distintos tiempos...

-... de dos facciones, ríos izquierdo y diestro.

-Brume lo político. Uno, dos, tres.

-Envesto de postres. Silencio.

-Fébile. Fébile en lo etéreo. Esnife de frutos y cocoe efo.

-Está bonito

-Te toca.

-Me va a salir mal...

-Solo piensa en los sonidos

-Tábula longa. Sigue, hija.

-Pisadas: livianas, de jolgorio. No riñas ni gritos. Ni rojos ni de derecha.

-Olor, muchos. Maracuyá, lúcuma, chicha morada. Menta.

-Brazos a lo alto, ambaluzo de júbilo. Sigue.

-Nasar camún. Arriba

Cilindro en mano. Zumo de naranja. "Papito", susurra su hija.

Postres entregados. 40 de ellos. En la gran mesa. Tenedores y cucharas.

Constanza celosa, de su hermana: Laura segunda, o Laura Regine. Regenta del lugar, duquesa del azúcar. Manos amorosas e edulcoradas. Musculosa, de cara ancha. Y de corazón campesino.

"Pequeña", le susurra Nasar a su heredera. Y aparece Laura, la de verdad, la de treinta y un años más.

Tiiin Chin. Vasos Laura Brindan. Regine y su celedura. Constanza y sus celos. Y Laura, la madre, mira a ambas. Agachan la cabeza. Y después promesa de abrazo. En la mirada.

Nasar, feliz, trata de grabar aquel momento. Mirando manos, líneas, pelos y cicatrices. Sintiendo las depresiones de su rostro, mentón y sonrisa.

“Mi esposa, viva aún, mira a mis hijas. En euforia. Las mira como espejo de su juventud. Con envidia y convicción.

Comedor y la gran mesa. Muchos invitados. Algunos, a los extremos, luchando con el sol. Hombres sin facciones. Sin guerras del verbo.

Súbditos del azúcar y los cilindros zumos. De los aromas, del aire dulce...”

Capítulo 1: No te aferres

-¿De verdad te gusta “Carmín”?

-Y a Regine parece que también le gustó

-Sí, papito, está buena la novela. Está bien hecha. Han grabado en exteriores.

-Un hombre mayor que se enamora de su estudiante...

-Por ahora la chica es quien está enamorada... El profesor no la mira

-¿Pero pronto lo hará, no?

-Claro, papá. Como mi Ferdinand.

-El amor a esa edad es bonito

-Es pura ilusión, Boni

-Yo te conocí a los 17 también, Nasar.

-Pero yo soy un hombre muy correcto. ¿Recuerdas nuestra primera vez?

-Fue bonito. Yo tenía 20.

-No hablen de eso. Estoy acá. Aún soy chiquita.

-Chiquita eras cuando te casaste con tu esposo.

-Ay, papá. Mi esposo está hermoso.

-Sí, hija. Es guapo y bueno.

-Y es famoso, mamá.

-¿Qué mira tanto la Constanza?

-Pasé a despedirme.

-Buenas noches, hija hermosa. Ven, pequeña, abraza a mamá.

-Papá, vi la lista de invitados.

-Descansa, hija.

-

-¿Y esas miraditas?. Ya sé quién viene mañana.

-Ay, mamá. Es sorpresa.

-La Constanza ya arruinó la sorpresa.

-Nasar, gracias por invitarlo. Pero seguro no viene.

-¿Cómo no? Viene o le digo a Monterroso que le haga una columna.

-Mi amigo Monterroso. Ya está muy loco.

-¿Amigo?, mamá. Ese señor siempre habla mal de papá.

-Es mi mejor amigo, Constanza. Es el único con vida. No seas dura con él mañana.

-Monterroso fue mi tutor. También es mi amigo. Pero se ha vuelto un poco loco.

-Lo único que me molesta es que repita las cosas.

-¿Cómo así?

-Te cuenta algo y a los minutos te cuenta exactamente lo mismo. Ese viejito ya vive por inercia.

-No digas eso, papito. Siempre hay aventuras. Mañana será un día diferente con el político.

-¡Regine!

-Hija...

-No le hagas nada a mi Regine, amor. Igual yo ya sabía. 35 años tiene, como Regine.

-Hasta mañana, familia.

-Chau, tonta.

-Hasta mañana, hija.

-Duerme bonito.

-Duerme bonito, mamá.

Constanza y Regine ya están en los espacios que les corresponden. Con sus hijas y sus esposos. Laura y Nasar recuerdan su juventud. La luz es amarillenta y marca las ojeras de ambos, las arrugas. Y también engrosa las líneas de la cama.

-¿Solitos de nuevo?

-Ves mucha televisión ahora, amor.

-¿Qué más puedo hacer?

-Leer, amor. Tú también escribes bonito.

-Estoy cansadita

-¿Son bonitas, no?

-¿Nuestras hijas?

-Y nuestras nietitas. Son como Lauritas.

-Amor... los voy a extrañar

-Aún falta

-No mucho, Nasar.

-Tiene razón tu hija.

-¿Sí?

-Mi nombre es horrible.

-No cambies de tema

-No lo cambio si apagas la tele.

-Quiero ver qué dicen de los candidatos.

-Mejor una comedia. Hay cosas buenas.

-La única vez que te vi reír fue con Chuiman

-Cómo olvidar su baile de Don Diablo.

-Mi mamá me dijo que era algo satánico

-¿Y yo qué le dije?

-Que todo lo contrario. Que Satanás ve eso y piensa en matar a Miguel Bosé (risas).

-Tu madre...

-La extraño...

-Era una señora muy estricta... una dama.

-Amor, quiero que estés listo. Ahora puedo hablarles, pero luego no podré. Quizás luego solo tus palabras lleguen a mí. Quizás solo tus manos. Quizás solo te pueda ver en sueños.

-Amor...

-Nasar, yo conocí a muchas personas así. Yo tendré la suerte de morir junto a ustedes.

Y no en una sala llena de ruido.

-Amor, tú siempre fuiste diferente.

-Yo siempre acompañé a esas familias. Era mi deber. Debes apoyar a esas familias.

Tienes el dinero para hacerlo.

-Lo haré, amor.

-No extiendas mi vida, amor.

-Es mi deber hacer todo lo posible.

-No, esa es tu voluntad. No la mía. Yo ya viví. Ahora ustedes deben vivir. No quiero que me abran. No quiero que me mutilen.

-Boni...

-Prométemelo. Mírame a los ojos y prométemelo. Vas a dejarme ir. Vas a seguir con tu vida.

-Boni, tú eres el caos que el universo escondió de mí. Eres la incertidumbre. Y por eso eres belleza. Cásate conmigo, Boni. Olvida los prejuicios de la sociedad. Tu madre acepta nuestro amor. Ya no tienes que huir.

Capítulo 2: inicio de la novela

Los dulces del Capitalismo

Vivimos un verano democrático en Lima, mientras la helada indiferencia lo cubre todo en el alto Perú.

Ecos de balas son ignorados, mientras un candidato posa con un escritor, una pastelera y unos cuantos banqueros. El APRA huele a crossaint más que nunca. Y un tal Ferdinand le sonríe, mientras explica a la prensa su voto imposible.

¿Y el escritor? Nuestro Nobel 1984 parece perdido, como sus personajes en sus novelas. Autor de relatos en los que el lector “completa” la historia. Obras inacabadas premiadas por un jurado corrupto en el que abundan las felaciones académicas y las orgías de dar y recibir premios. El Nobel es desde 1984 un premio sin prestigio.

Alan también sonríe con los banqueros, los apapacha. Qué joven, qué pragmático. Alan García ya no es de izquierda. Este 14 de abril el único voto posible es Barrantes. Juventud limeña, con consciencia de clase, digámosles NO a escritores que huyen a otras realidades, a pasteleras que destruyen nuestras tradiciones, a extranjeros que roban nuestra herencia y a banqueros que profundizan la pobreza entre ellos y nosotros. ¡Viva Barrantes! ¡Viva el Perú!

Elías Monterroso mueve su pradera negra, ya escasa por los años. El cuarto lo empequeñece. Los pajaritos dicen su nombre. Y los perros ladran quizás a favor de Barrantes. Pero al menos lo hace el suyo. ¡Cállate, hijo de puta!, dice el suyo contra los perros apristas.

Ayer vi a Boni, mi pequeña amiga. Vestía de manera recatada. Con una blusa color fresa con leche, con pequeñas flores blancas bordadas. En los puños y alrededor del cuello. Usaba un pantalón holgado que cubría su figura. Era negro, un color que parecía caerle mejor que antes. Mi amiga aún se veía viva, pero casi siempre sentada. Me presentó a su hija, la que es doctora como ella. Y a dos de sus nietas: Esmeralda y Soul.

Una tarde soleada, pero ajena a la realidad del país. ¿Dónde están las pobres familias? Sé que también se las albergará, porque el corazón de mi amiga es holgado.

Un lugar hermoso. Una petición. “Quiero que mi madre siga viviendo”.

-Señorita -le dije mirando sus ojos ya algo cansados-. Siempre tan radiante.

-Amigo, buenas tardes. -Su sonrisa franca de niña-. ¿Ya probaste los picarones de mi hijita?

-No todos los sabores. Hicieron de menta... por tu esposo.

-¿Probaste el pastel de chicha morada? -Aprieta sus labios avergonzada, como hace 50 años-.

-A todos les dieron

-No a todos. Mi hijita se comió anoche varias cosas. Mis nietas también. Control de calidad...

-Entonces yo tuve la fortuna de tener una porción

-Me alegra, Elías. Es ahora mi postre favorito.

-¿Y Benji?

-Mi perrito murió hace años, amigo.

-Mi Balto ayer se puso a cantar. Un gato ha hecho su nido en mi árbol.

-Ay, amigo (risas)

-Me alegra verte, querida amiga. También te veré el próximo año.

-Ojalá, amigo. Constanza quiere hablar contigo. Ahora la traigo.

-Buenas tardes, señor Monterroso.

-¿Señor Monterroso? Soy de la familia

-No, no lo es. Y menos con sus columnas.

-Yo escribo lo que pienso. No puedo ni debo cambiar eso para quedar bien con mis amigos.

-Pero puede dar su opinión con delicadeza.

-Tengo 78 años. Ya no me importan las formas. Visto cómodo y hablo cómodo. El recato está bien para alguien de clase alta como tú que vive de las apariencias.

-Pensé que usted era un caballero. Mi madre le tiene mucha estima.

-Tu madre es una mujer irrepetible que cuidó y luchó por los pobres. La izquierda, la de verdad, tenemos en alta estima a tu madre.

-¿La izquierda de verdad? La que hundió al país y robó propiedades.

-Quizás ustedes todavía tienen un poco de decencia y comparten un poco con sus trabajadores, pero hace años el patrón era esencialmente un esclavista. La reforma agraria fue una buena iniciativa.

-Creo que no tengo nada que hablar con usted.

-Yo te puedo hablar del Perú. Yo vivo acá. Cuando quieras.

Así es como comienza esta aventura: recordar a Boni para que su hija la conozca. Y no solo sus proezas, sino también sus errores. Como alejarse de la literatura. Debió seguir. Por fin tengo un objetivo. Por fin puedo dejar de hablar con mi perro.

-No, Elías. Debes seguir contándome tu vida.

-Ya no, Balto.

-Entonces hálame de Boni

-¿Qué quieres saber?

-¿A qué huele? ¿Saca a pasear? ¿Prepara la comida?

-¿Por qué yo sabría eso?

-Porque eres un perro como yo

-¡Guau!

-¡Guau! ¡Guau!

Capítulo 3: QN7Y

-Se lució tu amigo, mamá.

-Déjalo, hijita.

-A mí me da risa.

-A ti todo te da risa, hermanita.

-Pero es verdad. La preguntan a mi esposo por quién votaría. Es absurdo, hermana.

-Hijita, Elías me dijo que viene la próxima semana. Me da gusto que estén escribiendo algo juntos.

-¿Qué?

-Dice que te va a traer textos sobre mí. Incluso mis primeros textos. Es un buen maestro.

-Yo no le pedí nada a ese señor

-¿Segura? Se veía emocionado

-A mi hijita le dijo Laura. Está loquito, pero es gracioso. Lo voy a leer seguido ahora que estamos acá.

-No hablen así de mi amigo. En sus mejores tiempos fue un escritor de referencia.

-Te odia, papá.

-No me odia, hija.

-Papito, ¿siempre fue tan gracioso? Ay, ya me dio ganas de escribir. Que traiga los textos. Le digo que soy Constanza.

-Hijita, no está tan mal. A mí me reconoció. Fue muy amable. Te recomiendo hablar con él. Es un caballero.

-No lo pareció, mamá.

-No. Seguro le dijiste algo.

-Es lógico. Algo le dijo la Constanza.

-Me voy con mis hijas

-¿Qué? Vamos a comer

-Ese señor me cae mal. Me dijo que vivo de las apariencias, que soy de clase alta y que viva Velasco

-(Risas) ¿Y no es verdad?

-Ya vuelvo, gordita.

-¡Mamá!

-Constanza, tu hermanita es muy agresiva. No lo olvides. Es loquita.

-Dejen dormir.

-Yo también sé pelear, mamá. Y tu amigo es grosero. Habla con él.

-Está bien, hija. Cuando venga, hablaré con él.

-Papito, ya despierta. Mercedes ya tiene listo el desayuno.

-¡Abuelita!

-¡Abulita!

-Mira, amor, Almita y Esmeralda.

-Niñas hermosas, vengan. Abracen a su abuela.

-Señora, los separé en dos mesas. ¿En cuál se sentará?

-Yo me sentaré con Regine

-Mercedes, juntemos las mesas

-Ya puse la mesa, señora. Solo falta decidir qué abuelo se sienta en qué mesa.

-I want a spot near to my father in law, the...

-¿Sí?

-But...

-Sugró, hagamos sorteo

-Nadie pidió tu opinion, Ferdinand.

-Though love

-Papelitos acá

-Ya, está bien. Puedes... armar-los-grupos, hijito.

-No le digas hijito, amor.

Regine – Zakura (13) – Constanza – Esmeralda (15) – Nasar

-Me tocó con Constanza. Ay, no.

-Tante Constanza est très jolie

-Merci beacoup, Zakura. Toi aussie. Basta, Regine.

-Spanish, please!

-Sí, en castellano. Mi mesa, mis reglas.

-Zakurita no habla español, papito.

-Mi Esmeralda lo habla.

-Yes! ¡Sí! Hablo inglés también

-Papito, hablemos en inglés

-Esmeralda, ¿qué tan bueno es tu castellano?

-Es very bueno, abuelito.

-"Very bueno". Constanza no le enseña bien.

-Mon anglais n'est pas bon non plus, maman.

-/Parlez vus commé ubis vulé/

-Qu'est-ce que grand-peré a dit?

-¿Qué dijo Zakura?

-No entendió

Boni – Amanda (15) – Ferdinand - Dante – Soul/Almita (10)

-Welcome to the mesa bonita

-/Mon inglés n'est pas très bon, abuelita/

-Alors regarde les gestes, ma fille.

-Oui, Papa.

-Our daughters look very alike, Ferdinand.

-Like little Bonis. Like Abulita.

-But they have their /unique/ qualities.

-Your English is very good, Ferdinand.

-/Televisión/ makes it obligatory, madame.

-People love your show. French cuisine is astonish.

-Péruvienne cuisine has more misteries, my friend.

-And you are a writer, Dante.

-Not as good as your husband.

Capítulo 4: una burguesa

Ayer llevé todo el material que tengo de Boni. Balto me dijo que le pregunte si lleva a pasear. Quiere conocerla. La hija alabó toda mi literatura. Y me pidió disculpas. No sé por qué. Luego almorcé con toda la familia. Mi aprendiz vestía de forma recatada. Tenía la cara redonda, los ojos de su madre y unos modales algo toscos.

-No eres la de la fiesta

-Sí soy. Usted es muy gracioso.

-¿Qué opinas de Velasco?

-Que es feo, pero... la reforma estuvo buena.

-Grita una viva a Velasco y te enseño a escribir.

-¡Viva Velasco!

-Con convicción

-¡¡Que viva Velasco!!

-Admitida

-Yei. Bien.

-Yo le enseñé a escribir a tu madre. Ella estaba perdida...

-¿Va a enseñarme?

-Debes esperar. No se interrumpe al maestro.

-Oqui

-¿Ese perro habla francés, no?

-¿Qué? Ah, sí. Y un poco de inglés.

-El primer ejercicio literario será un diálogo entre ese perro y tú.

-Mais il parle francais

-Lo traduces

-Ahmm... no sé. Se ve difícil. Ya vuelvo.

-Elías, ¿cómo estás?

-No jodas. ¿No ves cómo estoy? Calvo. Estoy calvo.

-¿Ya pudiste recordar?

-Recordar... ¿Recordar qué? No estoy senil. Pero dicen que tú sí.

-Tú dices eso desde hace años.

-Desde hace 20 años. Y no me equivoco.

-Estás algo alterado.

-Mi mujer se fue a visitar a mi hijo.

-¿Sí? Pensé que te había dejado.

-No jodas. Ella es mía y solo puede ser mía.

-¿Y cómo escapó?

-Dejé la jaula abierta.

-Si mi hija te escuchara...

-Dime una cosa, Nasar. ¿Boni está molesta conmigo? La otra vez creo que discutimos.

Qué raro.

-Ella nunca se molesta.

-Ya volví

-Regine...

-¿No tenía otro nombre?

-Laura Regine... Constanza

-Bueno, Elías, ¿Mercedes te trajo galletas? ¿O limonada?

-¿No ves que no?

-No te pases, Elías.

-Yo le traigo la limonada. Sin azúcar.

-¿Por qué sin azúcar? Ponle mucha azúcar.

-Elías, ¿esos son los primeros textos de Boni?

-Sí, de cuando Luis estaba vivo.

-Luis...

-¿Te sigue persiguiendo, no?

-Aquí está la limonada, señorino.

-¿Y Mercedes?

-Yo puedo servir, papito.

-Eres muy elitista, carajo.

-Elías, acá no usamos esas palabras.

-Uy. Snob.

-Mira... hijita. Estos son los primeros textos de tu madre.

-Oh, mamita. Súper.

-Señor, ¿nos los va a regalar?

-¿Regalar? Si me pagan en dólares, se los dejo.

-No, no es bueno aferrarse. Boni no querría tenerlos.

-Papito, ¿y por qué decides por mamá?

-Es que tu papá no quiere recordar algunas cosas.

-¿Cuánto quiere?, señor.

-Son un regalo para tu madre.

-Yei

-¿Qué es lo que no quieres recordar?, papito.

-A Luis Borja.

Almuerzo:

Ferdinand (47) – Regine (35) – Almita (10) – Azucenita (13) – Amanda (15) –
Esmeralda (15)

Monterroso (78) – Boni (66) – Nasar (80) – Constanza (40) – Dante (42)

-¿Por qué dos mesas?, querida amiga.

-Mi esposo... dice que es algo lúdico.

-Lo es. Es más fácil conversar así. Cada día tenemos grupos diferentes.

-Señor Monterroso, ¿cuál de las niñas se parece más a mi mamá?

-¿Eso le vas a preguntar?, amor. He is the author of "González".

-No hablemos de literatura.

-¿No? Señorita, en la mesa todos somos escritores.

-Ya soy señora.

-Está joven. Permítame decirle señorita.

-Ya ves, hijita. Elías es un caballero.

-No hablemos de literatura entonces. Hablemos de la memoria. A nuestra edad realmente se va fragmentando.

-No jodas... Perdón. Hablar de eso es hablar de tus libros.

-Hablemos de Luis Borja, mi primer amor.

-¿Fue tu primer amor?, mamá.

-Elías me pasó mis primeros textos. Luis fue un gran amigo. Tenía mucha imaginación.

-Disculpen. En unos minutos traigo la comida. Les dejo dos jarras de limonada. Ya traigo los vasos.

-Cuando lo conocí, él era alguien muy pesimista. Me alegra saber que le traje algo de luz a su vida.

-Luis Borya

-Borja, amor.

-Borja es el protagonista de su primera novela, Nasar.

-“El día que olvidé el día”

-Un nombre estúpido. Perdón. No me gustó ese título nunca.

-¿Y “¡Gonzáles!” es buen título?

-Claro, le gritan al protagonista. Algo pasa. Siempre pasa algo en mis novelas. Y están en presente. Le gritan en presente.

-Hijo, ¿y cómo es la novela en la que estás trabajando?

-No le digas hijo...

-Papá...

-Me inspiré en uno de sus textos. Es un Dios que tiene secuestrados a todos, en un bucle temporal.

-Hijo, ¿y cómo eso se relaciona con la actualidad de tu país? Vivimos grandes cambios.

-No empieces, mamá.

-A los jóvenes eso ya no les importa. Son todos unos hedonistas. El capitalismo les ha comido el cerebro.

-No empiece, señor.

-Bueno, la literatura es entretenimiento.

-No te atrevas.

-Relájate, Elías. ¿Qué le vas a hacer al muchacho? ¿Una columna?

-Esas me las guardo para mis compatriotas.

-Bueno, hijo, ¿y este Dios que quiere?

-Su hija agoniza y él la lleva a un sueño en el que puede ser feliz. ¿Es esa felicidad mejor que la realidad, vale más que la mentira?

-¿Puede ese Dios ver a su hija en ese sueño?

-Sí puede.

-Entonces vale la pena.

-Hijo, ¿la alternativa es dejarla morir? Yo creo que la respuesta está clara. Aunque... ¿esa mujer está enferma?

-Está agonizando. Sí. Sí, señora.

-Quizás lo mejor es darle un gran último sueño, pero también una gran despedida.

-Amor, Boni, ¿pero no sería bonito vivir en un sueño para siempre?

-

-Esposo, yo creo lo mismo que mamá. Ese Dios debe despedirse. Su hija no dejaría que su papá se aferre. Y si ese es su deseo, su papá debe respetarlo.

-A ver, Nasar, ¿quién quiere vivir en un sueño? Que es lo mismo que vivir en una mentira. Solos los cobardes y los capitalistas. Claramente ese sueño son las drogas. Porque tu yerno es drogadicto.

-No digas disparates, amigo.

-Pero, Boni, se ponen a teorizar cosas que no importan. Los jóvenes le temen a la realidad. Le temen a la buena literatura.

El almuerzo tuvo postre. Una torta sabor a limón. Le llevé un poco a Balto. No le gustó mucho. Me dictó su crítica. Y la escribí, pero no sé dónde la dejé. Nasar conversó con el muchacho en privado. Parece que este es imprudente con su carro. Y parece que es drogadicto como asumí. Y parece que Nasar le quiere regalar la casa. Lo entiendo. Quedarse solo es lo peor. Él se acercó al muchacho, con esa mirada profunda que tiene. Esos lagos negros. Y esas cejas ya caídas, impotentes, invernales. Y él de selva negra, de ojos del café.

-Suegro

-Dante.

-Sí...

-¿Te gusta el lugar?

-Sí.

-Yo amo a su hija.

-No pudiste protegerla.

-Lo sé

-Eres débil. Quédense. Yo los puedo proteger. Tienen todo lo que soñaron acá. No tiene que exponerse a nada. Acá puede ser feliz.

-No puede decidir por ella

-Sí puedo. Yo puedo hacer lo que sea.

-Usted la ama.

-Sí, más que nadie. Más que tú.

-Deje que ella decida. Por favor.

-No pudiste protegerla

-Yo la salvé

Las recetas de Regine

Capítulo 12: desayuno de menta (1969)

Papito dormía. No en su cama. Sobre su escritorio en el centro de la biblioteca. Ahí guardaba sus tesoros. Ese día empezó. Vi el piso empapado, como si él hubiera salido del mar.

En mi sueño, él dormía. Le grité. Le grité más fuerte. Hasta que le pegué en la cabeza y se tuvo que voltear. Me abrazó. Lo vi joven. Cachorrito. Bueno, como de 30. Se paró y no me dijo nada. Dejó 3 textos a medio escribir. Uno de ellos hablaba de Constanza, de Dante y de ese otro mundo, el que creó hace unos años para “Tungsteno”.

Yo me soñé en él. Me vi como la hermana mayor, en una nave. Era poderosa, pero me sentía sola. Mi nombre era Agatha.

En la novelita, Constanza nunca conocía el amor. Y muere en una guerra. Pero lo más bonito es su entrenamiento con los extraterrestros. Le enseñan a curar. La enseñan sobre su mundo, sobre su música. Y ella se despide de ellos.

Miré los apuntes de papá en la realidad. Con esa letra fea que tiene. Ahí decía que Constanza conoció el amor. Un soldado y tenía el nombre de su esposo: Dante.

Papá dormía.

Lo vi en su camita y decidí bajarlo para que tome desayuno. Lo puse sobre mi hombro derecho y sentí que se me abría el vientre. Pero seguí, con cuidado y con papito. Ay, pudo ser tragedia. Soy loquita. Loquita y viejita.

Lo senté en una de las 3 mesas. Constanza me miró fijamente y no dijo nada. Papito seguía con sueño. Revisé los platos que quedaban (los estaba lavando, pero me aburrí -por eso subí para ver a papito-).

En la mesa vi el pastel a medio comer. Y una mosca cerca. La chiririnka.

Mamá no me deja ayudarle con el desayuno. Es su cocina. También se molesta cuando me quedo pensativa y miro su comida. O cuando le hago comentarios. Por eso el desayuno siempre es suyo. Los huevos sancochados, la fruta picada y hoy puré con milanesa. A papá le encanta el puré. La textura no es perfecta. No se lo digo. No está vez. Otras veces se lo comentaba. Ella me preguntaba emocionada por su comida y yo siempre era sincera. Hoy me hubiera gustado decirle que era perfecta. Porque lo era. Ay, mamá, tu comida es recuerdo.

Lavé los utensilios, mientras Constanza barría y acomodaba a papito en la silla. No lo puse sobre la mesa. No me tomen de loca.

Le preguntaba a Constanza por mis postres y por los que hice con mamá. Me decía que los míos eran feos y que los de mamá eran mejor. Mamá se ponía seria y ya la Constanza no comentaba nada.

Benji mordía a papá. Era bebito. Constanza lo abrazaba, todo para no seguir barriendo. Yo la miré molesta.

Papito despertó y seguía con los ojos entreabiertos. Le dije que el desayuno ya casi estaba. No recordaba haber dormido en la sala.

Nunca supe los nombres de los escritores. Solo el del señor Arguedas y el colombiano. Constanza había pedido autógrafos para llevárselos a su esposo.

-Gracias, esposa. Nunca está de más un buen puré de espinacas.

-Tú y tu puré, papito -le dije recordando que soñé que le di un coscorrón-

-No me tutee, señorita, hijita.

-Está bien, papito. Lo soñé hoy.

-Quedó postre, Nasar. Ahora lo traigo.

-Mamá, extrañaba tanto este mango. No sabe igual que allá.

-No te escuchó.

-Calla, gordita.

-¡Mamá!

-¡Ya voy, hija! ¡¿Te pegó?! -grita mamá siempre que va a la sala por la otra refrigeradora-.

-¿Cómo fue tu sueño? -dice papá luego de masticar el último pedazo de milanesa-.

-Adivina.

-Adivine.

-Adivine

-Papá no quiere adivinar. Dile.

-No, adivine.

-A papá no le gustan los juegos.

-Papá es el rey de las cartas, ¿no? El jueguito.

-Bueno, sí... Papá, adivine. Hágale caso a esta loca.

-Acá está la torta. Miren, niñas. De menta.

-Por papá...

-No pongas esa cara -la imito-. Es su favorita.

-Soñaste...

-¿Qué? ¿Quién? ¿Cuál de mis hijitas?

-Yo

-Soñaste que yo era un extraterrestre.

-Sí, ¿cómo sabes? Sabe. ¿Cómo sabe? ¿Quién le chismeó? ¿La Constanza?

-¿Cómo puedo saber tu sueño?, loca.

-Leíste mis notas, hijita. ¿no?

-Sí, papito.

-Hija, ¿y papá era bajito y gris?

-Solo le falta ser gris.

-No se pasen. Mamá, tú... no te rías -se ríe la niña seria también-.

-Amor, voy a reescribir la historia de Constanza. El personaje.

-Sí, mejor. Ya me hiciste caso. Ese final todo feo. Ese finalito nunca me gustó.

-Mamá, es solo ficción. Yo soy la de verdad.

-La de la ficción es mejor. Esa Constanza tiene sus amigos extraterrestros y hacen música. Y curan. Y todo.

-Yo también curo. De hecho, yo curo enfermedades reales, a persona reales.

-Al señor Arguedas le gustó "Tungsteno". Dice que era el menos malo. Eso dijo. O sea, el mejor texto.

-Qué lástima lo del señor.

-Sí, mamá. Solo hay tratamientos experimentales. No le pude asegurar nada.

-La otra Constanza lo hubiera curado.

-Ya, niña.

-Hija, eso es injusto.

-Ya, mamá.

-La realidad es dura, hermana. A veces hay que aceptar que nada se puede hacer. No dejo que eso me consuma.

-Sí, Regine. Tu hermana y yo siempre sabemos de pacientes graves. A veces es mejor irse. El cuerpo sufre.

-No, mamita. Usted y papá van a vivir 50 años más.

-¿Más de 100 va a vivir tu papito?

-200. Igual tú, mamá. Vas a ver a tus nietas casarse. Les debes dar consejos cuando ya sean mayorcitas.

-Qué flojera vivir tanto, hijita. ¿Para qué?

-Para comer. La vida está hecha para comer.

-Solo en comer piensa la gordita.

-¡No me digas así!

-Niñas, lo importante es que hoy estamos juntos. Y les agradezco por venir. Su mamá y yo nos emocionamos al verlas. Nos llena de orgullo verlas madres.

-Sí, y son mejores madres que yo...

-No llores, mamá.

-No llores, mamita. Estás con nosotros.

-Gracias, hijas -Me acerco a abrazar a mamá y mi hermana hace lo mismo-.

Villa Laura (1986)

Capítulo 5: despedida

Boni deseó, en los últimos segundos, volver a enamorarse. Nunca pensó que sería la primera en partir. Su esposo, afectado parcialmente por la demencia, intentaba recordarla. Ya no veía el brillo en sus ojos. Ahora esa luz vivía en su hija, una mujer de 40 años, escritora como ellos dos.

En sus últimos minutos soñó que la enfermera era una de sus hermanas. Y luego soñó que era una condesa. Aquella noche fue la primera vez que habló con Erzsébet. Se le presentó como una mujer joven con unos ojos hermosos, como los de su juventud.

La alguna vez condesa tomó la mano derecha de Boni y la consoló. Le ofreció no morir solo si dejaba que sus existencias fueran atadas. Sus hermanos ya eran libres. Uno de ellos incluso conservó su vida. Boni aceptó y supo a qué día volvería.

Había leído ese encuentro fallido muchas veces. Despertó ese día y se paró a las 2 y 15 de la tarde en un pasadizo que por poco era asfixiante. Era un mercado estrecho. Y ella era casi una niña. Esperó, como antes, a que la señora encontrara los hilos que jamás encontraría. Esperó mirando a la izquierda hasta que vio venir a Luis Borja. Ella lo miró todo el tiempo. Fueron casi 3 segundos en los que solo ellos dos existían en ese mundo. Ella lo saludó antes de que él bajara la mirada. Luis pareció sonreír sorprendido. “¡Señorita!”.

-Boni, tienes canas.

-Tú también, Luis.

-¿Ha sido una buena vida?

-Me casé con Nasar. Él me cuidó, me respetó. Tengo hijas.

-Te veo feliz.

-Sí, pude tener amor. Lo siento por ti. No pudiste...

-No, sí pude, Boni.

-¿Sí?

-Boni, tú fuiste mi gran amor. Yo también te quise.

-Estos lagos me recuerdan a tus ojos.

-Yo también te quise.

-Lo sé.

-Perdóname

-Te lloré por mucho tiempo

-Ahora estoy acá

-Esa mujer...

-Es tu mamá. Ella me invitó.

-¡Mamá! ¡Mamita!

-Abrace a mamá. ¿Le van a hacer su misa, no?

-No lo sé, mamá. Estás joven, mamá.

-Tú también, hijita.

-¡Luis!

-Señorita, nunca pude verla así de joven

-Luis, tenemos la misma edad, míranos.

-Te dejo hablar con tu amigo. Te esperamos en la mesa. Están tus hermanas. Tu papá también. Pero ya quiere irse.

-¿Papá? Él es así.

-Luis, ¿vamos con mi familia? Quiero que veas a mis hijas.

-No puedo, Boni. Me quedaré aquí. Pero te veré luego.

-No

-¿No?

-Ven conmigo, Luis. Por favor. ¿Sí?

-Está bien, Boni. Vamos.

Capítulo 6:

Hay plantas inmortales como los árboles. Y otras que tardan mucho por florecer y luego mueren. Y otras que alcanzan el milagro de florecer dos veces. El milagro de ver a sus retoños a su lado y despedirse en la felicidad absoluta.

Este es mi hogar, un homenaje a mi madre. Villa Laura reúne en verano a sus hijas y a sus nietas. Hacemos postres, vestidas todas iguales, con cabellos oscuros, ojos profundos, narices bonitas y tímidas (de conejo, como Boni).

Ya ha pasado un año. Entiendo la muerte, como el capítulo final. Pero mi cuerpo la extraña. Mi cuerpo pide abrazarla. La veo, como imagen feliz, en la sala, junto a la tele. Con mi papá sintiéndose jovencita. La veo cuando Regine hace bromas. Cuando yo beso a mis hijas.

La veo cuando las niñas juegan a las escondidas y las chapadas, y no está ella para esconderse. Ni mis hijas para fingir que no la ven. Almita tiene sus gestos, su timidez.

Este árbol, Leonora, abraza a las otras, las anónimas. Y hoy me siento acá, como cuando mamá venía a meditar. Lejos de casa. O cuando no quería ver a papá.

Hoy vine a visitar a mi padre. Se niega a salir de casa. Es triste este lugar sin tanta gente. Sin ella.

Vi sus lágrimas recorrer sus lunares. Desde el ojo derecho, el más cansado, hasta confundirse con el sudor de su nariz y luego con sus labios.

“¿Crees que todos queremos vivir para siempre?, yo no. Quiero la imagen de la que siempre hablaste. Morir viendo a mis hijas, a mis nietos, a mi esposo. Mi madre tuvo eso”, le dije ya más calmada.

“Papá, déjame hacerla inmortal, a mi manera. Deja que ella viva en mis relatos”. Mi papá volteó y se sentó junto a sus libros. Y yo me acerqué a él, como cuando era una niña. “Papá, deja que el mundo sepa de Boni”. “El mundo ya conoce a Laura”. “Sí, papá, pero no conocen a la chica de la que te enamoraste”. Él no dijo nada. Solo sonrió. “Ella va a existir para siempre, papá. Incluso con sus defectos. Incluso con su frialdad y con la curiosidad que la apartaba de nosotras. Al final, ella va a estar ahí, para abrazarnos y conversar con nosotros. Para hacer postres que nos unan. Para aconsejarme. Para convertirse en Laura”.

“Entonces que sea a tu manera, mi Constanza”. Eso me dijo. Sigue encerrado, escribiendo sobre realidades más felices. Sigue imaginando a Laura.